

Crucesmo N. 24

COLECCIÓN ARIEL

Epítomes de Literatura Internacional, Antigua y Moderna

Número 24

San José, Costa Rica

Diciembre 1912

SUMARIO

José Nogales.....	<i>En el pozo</i>
Manuel Reina.....	<i>La ceguera de las turbas</i>
Leopoldo Lugones.....	<i>Los funerales de un santo</i>
Robert Walter.....	<i>Dos fábulas modernas</i>

EN EL POZO

1

A la una de la tarde comenzó el cañoneo, que no otra cosa parecía aquel condenado estruendo de los barrenos. Todo el cerro, agujereado como un panal, retemblaba; sobre las casitas del pueblo volaban trozos de piedra, pedazos negruzcos y disformes, como aves oscuras manchando el espacio azul. Allá en lo alto del cerro, sonaba la corneta avisadora con un tono quejumbroso, casi doliente, que apagaba a intervalos el tronar espantoso de los barrenos que en larga fila iban estallando.

La gente huía de las calles, esquivando

1

el peligro que todos los días, de un modo regular, se presentaba. La gran explotación minera, al par que ahondaba, extendía. Y mientras que de allá abajo, de tenebrosas profundidades, venían vibraciones silenciosas y movimientos bruscos de la piedra, de aquel enorme tajo a cielo abierto con que seccionaban el cerro, salían esos truenos, esos pedruzcos voladores, esos estremecimientos que hacían bailar las cosas.

Pedro y Pablo—a quienes llamaban los *santos apóstoles*—salieron de la casa con la cestilla al brazo y los candiles de hierro en la mano. A despedirse salió a la puerta la mujer del primero, Mariquita la *Relimpia*—y en verdad que lo era y más lo parecía entre aquella gente tan sucia, en la que el polvo del mineral formaba costra. Y como la corneta seguía avisando, ella los detuvo un momento, debajo de la mezquina parra que orlaba la puerta.

—Esperar. Esto acaba ya. No me acostumbro a estos ruidos... malditos sean los barrenos!

Y los *apóstoles* se reían como unos zanguangos:

—Barrenos los de allá dentro, eh?

Y entre broma y risa la comprometieron

para que el domingo bajase allá, al catorce piso, a la *caña* donde ellos estaban haciendo el pozo, y comerían los tres a la vera del malacate, alumbrándose con el candil, bajo la bóveda verdinegra sudando vitriolo, en aquella inmensidad subterránea que parecía un pedazo del infierno.

—Aquello es cuanti hay que ver, corde-
ra! díjole Pedro.

—Y el pozo nuestro (porque *nuestro* es, habiéndole contratado) es un señor pozo, y ahí están los ingleses que lo digan—agregó Pablo, mirando con extraña fijeza a Mariquita.

—Vaya, que iré. Pues no os ponéis poco tontos con el pozajo!

—Es que de ahí sacamos el *cónquibus*, y lo que habremos de sacar...

—En él me entierren—dijo Mariquita—si salimos de pobres.

—Eso no. Ojalá! Por tí más que por mí lo quedaría.

—Digo lo mismo.—Y Pablo le dió un envión con la cesta.

—Se acabaron los tiros. Gracias á Dios. Hasta la madrugada, eh?

—Adiós, serrana!

—Qué buena es! dijo Pedro, con su apacible condición de hombre grandullón, recién casado, que encontró lo que le hacía falta.

—Buena, y limpia, y hacendosa y como hay que ser—contestó Pablo. Amigo, has tenido suerte.

Y entrambos, hablando de Mariquita y enumerando sus perfecciones, se fueron internando en aquel laberinto minero, erizado de obstáculos y accidentes. Bajaron por sendas estrechas abiertas en lo *estéril*; rodearon el laboratorio, en cuya alta chimenea ondeaba un penacho negro de humo; pasaron sobre las vías en que las locomotoras silbaban desesperadamente; bordearon el *canaleo*, en que el agua cobriza va dejando su cáscara riquísima en los viejos lingotes de hierro; llegaron a los hornos de fundición, donde hubo que tomar un trago que el capataz ofrecía, delante de la llama espantosa, polícroma, en que se derretían masas de cobre, de azufre y de arsénico... y siguieron hasta la base del cerro, todo él envuelto en un

vaho que salía de todas partes, suavizando la fuerte coloración que el óxido de hierro ponía en la tierra y en los peñascos.

Allá en lo hondo, como una grieta abierta en aquel campo rojo sin una mata verde que alegrase la vista, comenzaba el túnel maestro, el túnel de entrada. Arrastrábase las pequeñas locomotoras silbando sin cesar y dejando en la bóveda manchones de humo negro. A un lado y otro de las vías marchaban en hilera los obreros del relevo, que iban a hacer su jornada en las profundidades de la mina.

A poco, salieron del túnel y se pararon un instante en el fondo de la *corta*, a la luz y al aire. Por muy acostumbrados que estén los ojos, el espectáculo es siempre grandioso e imponente. Era aquel un anfiteatro magnífico: desde el suelo, en que las lluvias habían dejado algunas charcas de agua muy limpia, se elevaba la múltiple gradería, los bancales de la explotación; allá arriba corrían sobre aquellos bancos de mineral, las carretillas cargadas; más alto, colgaban a racimos los hombres atados, oscilando a compás del pico, como ajusticiados; y por encima de todo, el pico peñascoso del cerro, algo inclinado, como midiendo la hondura

con que los hombres lo iban deshaciendo. Un breve pedazo de cielo azul, visto como desde un pozo, extendía su nota alegre sobre aquella desolación.

En torno de la gradería colossal se abrían como fauces negras, las bocas de galerías antiguas y modernas. Las unas arrojaban humo; las otras, agua turbia que venía de los trabajos.

Los *apóstoles* miraron todo aquello con la indiferencia suprema del trabajador avezado, y hablando de cosas del negocio, entraron por la galería en curva, que venía a ser prolongación del túnel. Allí encendieron los candiles.

A medida que adelantaban por aquel antro, se percibían más formidables unos ruidos atronadores, como el resuello de algún monstruo; a poco, se fué haciendo primero visible, luego deslumbrante, el resplandor de una inmensa llama: una masa de vapor blanco lo envolvía todo, y entre el conjunto de extraños ruidos, de claridad y de niebla, confusa y alocadamente se movían figuras negras, fantásticas, que corrían arrastrando cosas gemidoras, que rechinaban resbalando entre aquella bruma caliente.

El monstruo de la caverna era la gran

máquina de múltiple oficio: ella tiraba de las vagonetas en ristra, que se extendían por las galerías llenas de sombras; movía las perforadoras de grandes barrenas con puntas de diamante; impulsaba los émbolos de las bombas desaguantes, y hacía salir de los ventiladores los chorros veloces de aire que hacían habitable aquel espantoso laberinto.

El estruendo era tal, que los obreros se hablaban por señas. A la salida de aquella explanada, al cruzar por delante de una galería en plano inclinado, Pedro, súbitamente, dió un empujón a Pablo, con tal violencia, que lo echó a diez pasos. Volvióse éste entre iracundo y sorprendido, y vió pasar, rugiente y negra, la fila de vagonetas cargadas, que parecían despeñarse; un segundo más, y lo hubiesen despedazado.

En la larga convivencia entre el peligro, que es constante, de todos los minutos, de todos los días, estos actos de noble salvación pierden su importancia, como la pierde el accidente que quita la vida.

Así, los *apóstoles* siguieron su marcha, sin que el salvado dijese nada al salvador, ni éste pensase más en que, gracias a él, el mundo conservaba un hombre.

Fueron dejando atrás los lugares del ruido, los sitios en que rugían las máquinas; cada vez se internaban más en el corazón del filón Norte; el mineral se hacía más firme, más compacto; las vetas sudorosas del sulfato tendían sus anchos tapices; de la bóveda irregular y rocosa pendían millares de estalactitas azules, torneadas, cirios traidores de vitriolo, que a cualquier imprudente mirón dejarían ciego.

Pasaron por un *trabajo*, en que una pobre gente destajista echaba el quilo. Allá en la cruz que formaban las dos galerías, movíase la luz de un candil con recios vai-venes: no se veía el minero, pero se oía su voz apagada en la masa de piedra, repartida en aquellas negras oquedades: *Pegao está! pegao está!*

Pedro y Pablo se echaron de un salto en el hueco de una cuadra, en el rectángulo socavado en la roca, donde dos sapientísimas mulas destinadas al arrastre comían su pienso, acostumbradas ya a esos espantos del mundo subterráneo.

Tardarían ocho segundos en estallar los barrenos, uno a uno, como los cañones de una batería. La masa de mineral trepidaba como un instrumento sonoro; las moléculas

todas vibraban con siniestra amenaza; la bóveda crujía... y el bramido de la explosión se perdía en las vías oscuras, insondables, como un lamento de las cosas grandes, heridas y profanadas.

Las mulas dejaron de comer, enderezaron las orejas, y, al acabarse el estruendo, volvieron al pienso, a defender la vida, con la calma humilde y pacienzuda de animales que no ven la luz, que ya nunca se despejarán en los prados.

Al llegar los *apóstoles* a la bifurcación de la «galería de los muertos»—allí murieron quince granadinos y veintidós portugueses—bajaron, como siempre, a echar un cigarro con los de *perpéuta*, los trabajadores del quince, que iban ahondando, haciendo el nervio central de aquel piso nuevo.

—Eh, los amigos! Cuidado, que hay requisa, y andan tricornios de venteo!

—Ah, bah! por aquí no llegan. Está esto muy hondo y hay mucho monte.

Aquellos tranquilos ciudadanos, escapados de presidio unos, fugitivos de la justicia otros, todos con su negra culpa encima de los lomos, trabajan a jornal, para un contratista tiránico, empleados en una faena homicida; pero contentos de no ser es-

clavos de la sociedad, de ser libres en algo, en esto de morir, siquiera.

Y por catorce reales, daban barrenos, metidos en una charca de agua verde, corrosiva, que les ulceraba espantosamente las piernas, y por toda defensa se ponían tapones de cera en los boquetes ulcerosos, en la carne recomida...

Desterrados de la luz, preferían aquella libertad negra, aquel mundo dantesco en que morían aplastados, despedazados, envenenados, corroídos, hasta el punto de ver la blancura de sus huesos, su propio esqueleto moviéndose en el afán de la vida, debatiéndose en un infierno sin esperanza, pero libres al fin, en esa bárbara libertad del dolor y de la muerte.

Acabado el cigarro, subieron los *apóstoles* a su piso, graves, silenciosos, atentos a toda señal de peligro. Ya no había vida por allí, ni luz, ni movimiento. Era un gran espacio deshabitado y tranquilo. La sombra lo llenaba todo.

Antes de llegar a la *caña* donde estaba el pozo, oyeron el martilleo de sus barrenos, y, saliendo de la hondura, la copla clásica, el gemido popular, cristalizado como el mineral en aquellas regiones subterráneas:

«Pobrecitos los mineros,
qué desgraciaítos son!»

3

El muchacho del torno dormía como un bendito en la plataforma de dos tablones tendida sobre el pozo. Un vuelco algo violento, una pesadilla, nada, cualquier cosa, y el muchacho hubiera caído a treinta metros, encima de los barreneros. Allí se vivía de milagro.

La luz de los candiles salía del pozo con una claridad ténue, mortecina.

Pablo, de un puntapié despertó al muchacho, en tanto que Pedro, echado sobre el cilindro del torno, gritaba a su gente:

—Aquí estamos ya! Ha habido algo?

—Nada. Cada vez más duro. Estos llevan toda la carga.

—Pues a pegar, y afuera.

Uno de los trabajadores se cogió a la cuerda, hizo la lazada por la que pasó el muslo, puestos al torno los dos *apóstoles*, subió rápidamente, en tanto que el compañero quedaba *pegando*. Con la luz del candil dió fuego a las mechas, que a esto llaman pegar, y asiéndose a la cuerda, subió luego: ape-

nas echó el cuerpo fuera, se retiraron todos a la galería central, y el muchacho, bamboleando el candil, dió la voces de *pegao está!* según es de rigor y de saludable costumbre.

—Las mechas esas tienen fallas. Hay que cambiarlas, porque a lo mejor se corren, y va a haber aquí una *san francia* el día menos pensado—dijo el barrenero.

—Me engañaron en el almacén. Ya volaron el otro día cinco de la *perpéuta*, y es eso, que las mechas no sirven, y no las tiran aunque reviente el mundo. Así reventarán ellos!

En esto, los dos barrenos hicieron explosión.

—Buena carga, compadre!

—La que admitieron. No lo dije?

—Ya habrán dejado bálago! Ea, pues a descansar, que para nosotros se hizo el mundo: echa una mano, chiquillo.

Y uno en pos de otro, los *apóstoles* bajaron al pozo, lleno aún de vapores y de polvo y de ese olor de la dinamita, que hace añicos la piedra más dura, y cuanto más dura, mejor.

En el acto se pusieron a escombrar, a limpiar el pozo, y allá iban volando los es-

portones, a los que un mal movimiento los hubiese volcado sobre aquellos hombres que no tenían huida posible.

• Empezaron después a embocar sus barrenos, y golpe tras golpe se fueron enfrascando, hablando a veces de sus cosas, a veces silenciosos, absortos en la faena, en aquella lucha brava en que el músculo y el acero atacan a la roca y la roca se resiste con su plutónica dureza.

Los dos *apóstoles* habían venido allí de lados distintos, empujados por la necesidad y el trabajo: primero, Pablo, que tuvo varias alternativas en su vida de minero, y cuando se vió con algunos posibles, los malgastó, los disipó en breve vida regalaña, única que concebía digna del hombre. Después llegó Pedro, entre un turbión de gente sin trabajo, grave, ajuiciado, de blanda condición, y en todo reglado y serio. El azar del trabajo los juntó un día, y ya no se separaron. Acasó afirmó su amistad la diferencia de caracteres, pues cada uno admiraba en el otro lo que en él faltaba.

Pedro opinó que el hombre suelto no suele hacer ni honra ni dinero, y tuvo la suerte de enamorarse, y a poco vió realizado su ideal. Su casamiento con la *Relimpia*

no alteró la vida de los dos amigos: siguieron viviendo bajo el mismo techo, cada vez más unidos en la tácita sociedad de bienes, y a poco, a gestiones de la *Relimpia*, obtuvieron la contrata de aquel pozo en que esperaban hallar la base de un bienestar que, sabiamente dirigido, pudiera traerles algún día el descanso con que el obrero sueña, y es la obsesión de los que aún no han perdido la esperanza. Muchos antiguos obreros de la mina andaban por allí, enriquecidos, aburguesados, dando a sus hijos una educación que los alejaba del medio en que ellos se criaron. Y estos ejemplos avivaban la sed y el hambre de posesión.

Sabíase que el azar, el capricho, el favor, valían más que el trabajo y la conducta para estas rápidas ascensiones en el medio social; y por esto las pobres mujeres se deshacían en halagos, y los débiles hombres en solicitud servil, en torno de los jefes y mangoneadores del negocio. Había que vivir, y no toda aquella riqueza inmensa que extraían de la tierra habría de marcharse así porque sí, sin dejar siquiera las migajas en las manos encallecidas.

Todo aquello era corruptor: desde el trabajo que volvía al hombre a la condición

de bestia, hasta el favor que casi siempre lo hundía en otra condición de servidumbre.

Éra un pueblo anormal: no tenía patria, no tenía Dios, no tenía vida jurídica: allí no había más que *La Compañía*. Era el Dios, era la patria, era el gobierno... lo era todo. Cosas suyas eran el suelo, el subsuelo, el aire, el agua, la vida, la honra y la hacienda de aquel enjambre humano, que la necesidad o la codicia removía.

Así Pedro y Pablo, mientras dejaban caer los martillos sobre las barrenas y éstas entraban milímetro a milímetro en la masa de mineral, pensaban en *La Compañía*, en aquel ser todopoderoso, que con un gesto invisible, con la más simple acción, podía sacarlos de aquel pozo, de aquella pobreza, y hacerlos ricos, dichosos, sin que tuvieran que temblar ante el porvenir.

4

Cerca de la media noche llegó el relevo: lo menos tres horas hacía que Pablo se fué para sacar del almacén dinamita y cápsulas y hacer formal reclamación sobre aquello de las mechas.

Al muchacho del torno lo despabilaron de su modorra perpetua, adquirida en aquellos

grandes ratos de oscuridad y de inacción; salió Pedro del pozo; estallaron los barrenos, y fueron los dos trabajadores a continuar ahondando, a luchar con la roca, como héroes tranquilos y silenciosos.

Solo, y satisfecho de ánimo, por el resultado de la jornada, iba Pedro por aquellas galerías que sudaban vitriolo. La eterna noche lo envolvía; el silencio de las profundidades deshabitadas esparcía su espanto... y fué allí, en el cruce de los últimos pisos, a treinta metros del boquete rojo por el que entraban los de *perpéuta*, y allí gemían o cantaban, según por lo que les daba la desesperación, donde encaróse con él el mayor granuja de la mina, un tagarote que vivía de sus gracias en aquel mundo negro, del que no salía porque le gustaba, porque aquello le parecía hermoso, y porque le daba la gana de no ver el horrible sol ni la horrible tierra con sus amargas desnudeces.

Comía en todos los trabajos, bebía en todas las cantinas, dormía en todas las cuerdas, se calentaba en todas las calderas, se refrescaba en todos los ventiladores... Allí no había invierno ni verano, ni primavera ni otoño: todo el tiempo era uno, como era una la humanidad que trabajaba y moría.

Era el hombre libre, el hombre ideal, sin lazos, sin afectos, sin necesidades, sin angustias, sin deberes... había tenido que renunciar a la tierra y a la luz; pero fué renuncia gustosa. Que no le hablasen de las cosas que sucedían *allá arriba*. Y de las de arriba y las de abajo, estaba muy al corriente.

Era el lector de periódicos en los corros de obreros; y en los descansos de cigarro y comida, veíase al zagalón leyendo, medio declamando, cosas muy radicales, a la luz del candil enganchado en la piedra.

Aquella pobre gente envejecida bajo la costra de polvo mineral, soñaba con un mundo lejano, con una ciudad fantástica habitada por la Verdad y la Justicia...

—Allá arriba? Bah! Pronto hizo un año! decía burlescamente el lector, que no creía posible bondad ninguna, a no ser del noveno piso para abajo.

Este trástulo tan simpático como inevitable, se encaró con Pedro, y meneando el candil—que uno cualquiera llenaría de aceite—rompió a cantar con admirable brío:

*“Abre el ojo, compadre,
que te la pegan,
y vas pasando por eso
fatigas negras”.*

—Hola, *Lagarto*: qué demonios cantas?

—Naíta. Abre el ojo, compadre... *etcétera*.

—Vaya, está el día alegre.

—El día? Hay aquí día? No me había enterado. Esto se está poniendo muy mal. Hay que irse más abajo... A ver si esos ropasueñas acaban el piso, y nos mudaremos. Hace aquí un aire...!

Y como al irse Pedro, el *Lagarto* se quedó parado, haciendo eses con el candil y cantando a gritos:

*Que te la pegan,
que te la pegan,
que te le pegan!*

revolvióse aquél como un tigre, agarró con las manazas el brazo del cantor, y con una calma que desmentía el semblante, dijo:

—Basta de copletas: ahora mismo, a decir lo que sepas; a ver a qué viene esto.

—Ah! pero tú crees... Valiente bruto!

—Creo que tú nunca hablas en balde, granuja! Siempre quieres decir algo... y lo dices: te conozco. Yo te dí el pan aquí dentro, ¿te acuerdas? Bueno. Pues suelta el barrero y que vuele el mundo.

—Por mí que vuele; pero suelta.

—Ves ese pozo colaero? Tiene veinte me-

tros? Más? Pues como soy quien te está agarrando, oye: como ese candil tiene luz, si no hablas ahora mismo, de una patada te tiro al pozo. Sabes que es verdad, eh?

— Bueno, y qué? Por eso no vas a dejar de ser un...

— Un qué?

— Lo que la gente dice: *demasiado* amigo de Pablo.

— Eh?...

— Sí. Y no de ahora. De antes.

— De antes? De antes! A ver cómo es eso: de antes que yo... Ya, ya! Sabes lo que me parece toda esa música? Una cochina mentira.

— Yo creo lo mismo. Pero suelta...

— Si no lo pensases más que tú, ahora mismo se acaba: ves? Ahí el pozo, aquí tú. Lo dicho: de una patada, adiós el granuja, con lo que lleva dentro.

— Es que tendrías que echar al pozo a medio mundo: a los de arriba y a los de abajo; vaya una salida!

— Oye, *Lagarto*: soy un hombre de bien? me emborracho? dilo; soy tirano para el compañero? dilo. Cuando algún pobre cae en esta guerra sorda de aquí abajo, ¿no acudo? Estos brazos, estas patas y el *aquel* de aden-

tro, ¿no están siempre lo mismo para el trabajo que para el compañero que los necesita? Aquí, donde si los unos no somos por los otros, la vida es un cohete, ¿me has visto renegar? me has visto huir ni echar fantesía? Dilo!

—O te callas ya, o lloro; mira que lloro, porque eres bueno, y noble, y lo que te pasa no lo mereces. Cosas de allá arriba!

—Oyeme; si a mí, ¡que soy un hombre! me pagaran así, me trataran así, judiquearan conmigo de esa manera, cuando nadie ha puesto a nadie un cuchillo al pecho para que diga *sí* en lugar de *no*: óyeme, hijo! te lo juro, ¿ves? te lo juro, sería una fiera; lo más bárbaro del mundo. Porque... caramba! mira que eso es gordo! Mira que no puede ser más gordo! A ver si encuentras algo que sea tan perro y tan sin motivo...!

5

Con esta píldora en el cuerpo, Pedro se dejó ir a paso lento, no como otras veces, que se tragaba el camino. Al pasar por el fondo de la corta miró a lo alto y vió una estrella blanca que refulgía en la soledad azul. Pasó por el túnel en que las máquinas

silbaban estrepitosamente detrás de aquel minero torpe o embriagado, que entraba y salía en los carriles sin darse cuenta... Anduvo así, con el candil encendido, como alma en pena, y al llegar frente a los hornos, sentóse en un risco a pensar, hablando solo, gesticulando. La llamarada espantosa que salía de aquellos montículos de arcilla refractaria, con sus relámpagos verdes, azules, rojos, en que se fundían el cobre, el azufre, el arsénico, toda aquella endemoniada compostura de las piedras que sus brazos arrancaban, le atraía: parecía juntarse en un brazo plutónico y aniquilador con aquella otra llamarada silenciosa que le devoraba las entrañas.

Parecía que el siniestro fulgor de aquellas cosas rugientes que se derretían en los hornos, le iba metiendo la luz, como de un hachazo, en lo más doliente de su propio sér. Y veía... veía ya bien claro. El hombre razonaba, y sentía que toda la amargura de su razonamiento le confortaba en vez de aniquilarlo.

—Que *ese* le guste más, es cuestión de suerte: yo creo que en su pellejo haría lo mismo. Es más muchacho, más alegre, tiene un don... Que se quisieran antes de

que un mal viento me trajera aquí, es una cosa, vaya, que tenía que pasar. Pero engañarme! Ésos con quien se parte el pan y la vida...! Por qué no me dijeron: mira esto está acotado, eh? acotado, porque es del amigo? y ya podía quedar en el cochino mundo una sola mujer, esa; otra mejor, la diosa *de Venus*, y para Pedro sería como esto: piedra, tierra, una cosa que se ve y en que no se repara...

 Pero ahora que la quiero!... Saberlo ahora! Cómo los voy a mirar? Para qué voy a trabajar y a pasar fatigas? Se acabó la alegría, se acabó el mundo!

 Y con ambas manazas en la cara, encorvado por un gran dolor que entraba en todo su ser como la *sangría* ardiente y roja de un horno de fundición, quedóse allí largo rato, iluminado desde lejos por la espantosa llama que convertía en masa líquida y radiante, de una pureza infinita, los negros pedruzcos arrancados al corazón de la tierra.

 Por qué esa llama no envolvía al mundo y lo derretía, purificándolo, convirtiéndolo en un raudal deslumbrante, que escupiese la escoria y surgiera en áureos chorros, abrasando en un momento todas las iniquidades?

.....

Bien tarde era cuando llegó Pedro a su casa: dijo que se sentía mal, y no quiso comer. Pablo no estaba: andaría por el pueblo enredado en alguna seria partida de tute o en otra cosa por el estilo.

En la alcoba, en que apenas cabía la cama matrimonial, vió Pedro la chaqueta del compañero. La *Relimpia* la cogió de un puñado y la tiro fuera, diciendo:—Todavía está aquí ese asco: no tiene una manos para echar remiendos.—Y luego, para echarla más lejos, la hizo volar de un puntapié.

—Ves? Lo mismo haría con tu compañero, ese cochino *apóstol*.

Pedro sintió que algo muy grande, muy terrible, iba a estallarle dentro, en el pecho o en la cabeza: agarróse a la cama, mientras se tragaba un gemido mortal, de esos que salen desgarrando... y cuando ya tuvo fuerzas, al tenderse como quien se echa en la sepultura, dijo con voz desfallecida, entrecortada, humilde, con la voz de un vencido:

—Anda, mujer. Qué cosas dices!

Fué aquella, para el *apóstol*, una noche espantosa. Sentía el amargo prodigio de las distancias: aquella mujer, cuya respira-

ción le inflamaba el pecho, estaba muy lejos, al lado allá de un abismo infinito, de un mar brumoso y sin orillas...

Tenía allí su cuello, su corazón... le bastaba alargar un poco las manos, crispar algo sus músculos, acostumbrados a batirse con el mineral: más blanda es la carne que la piedra; más pronto sale la vida que un pedazo de piritita de su masa... Pero siempre la distancia sería igual: dormida o muerta, aquella mujer estaría lejos, separada de él por un abismo infinito, por un mar brumoso y sin orillas.

Y Pedro sentía que una llama intensa y cruel aclaraba todas sus ideas: parecía vivir en otro mundo. Las cosas las veía con una lucidez desgarradora. Él, que era torpe para todo lo que no fuera trabajar dentro de la mina, trabajaba ahora en la profundidad del pensamiento, en el problema angustioso de su propio vivir, amargado ya, destruido para siempre, como un mal *trabajo* que se derrumba aplastando a los pobres obreros que no saben lo que hacen.

—Con mala veta hemos dado! Ah, qué condenada veta!

Y así se estuvo hasta que la luz del día vino a echar de la cama al mundo trabajador.

Al mediar el día, cuando los barrenos empujaban a las gentes hacia las casas, salieron los dos *apóstoles* de la suya, con el equipo del trabajo.

Pedro iba distraído; no dijo a su mujer aquellas cosas que la solía decir con un lenguaje rudamente amoroso, áspero y codiciable como el mineral nativo, casi puro, y, por lo mismo, raro.

—Mala cara lleva el vecino—dijo a la *Relimpia* una de las comadres del barrio.—Cuídelo usted, porque en esos pozancos en que trabajan, se cogen calenturas y baceras y cosas del padrejón que tumban a un cristiano. Yo estuve allí vendiendo aguardiente cuatro meses y siete días, y si no salgo, me entierran; que aquello hay que verlo. Ni las benditas ánimas estarían a gusto.

—Vea usted, vecina, cómo ese bruto ha puesto la almohada... chorreando; y con un churrete de mineral que da asco. No se qué hacen estos hombres!

—Eso es que el suyo ha llorado. De allá abajo no se sacan más que esas cosas: calentura, bacera, padrejón... y llanto. No le arriendo la ganancia.

Llegó el domingo aquél en que los *apóstoles* tenían designado para su comilona íntima: como Pedro andaba malucho y muy desganado, esmeróse la *Relimpia*, gran guisandera y asaz primorosa, en aderezar una comida no para mineros, sino para apóstoles de verdad y aun para obispos, según el decir de Pablo.

Entre los tres cargaron con la vianda: Pedro llevaba el talego del pan y la fruta; la *Relimpia*, aquellos manjares más jugosos y delicados, tales como la tortilla de jamón y patatas, el conejo encebollado, el lomo en manteca y las suaves albóndigas en que había cargado la mano de ajo y de pimienta; Pablo llevaba a cuestras la imponderable bota de las cacerías, un mediano pellejo, cuya pez daba al vino blanco un saborcillo por demás áspero y agradable.

Al pasar por la fundición, salió el capataz a dar el alto.

—Sangramos ese horno, o qué?

—Traete la herramienta—dijo Pablo descargándose.

Acudió el capataz con el jarrillo de lata, y éste por mí, este otro por la compañía, ahora es otro porque salga bien el pozo, allí se hubiesen quedado bebiendo hasta el día del juicio.

Pedro no bebía, ni hablaba, *ni estaba allí*: miraba con extraña fijeza a un punto de aquel infinito amontonamiento de rocas rojizas; buscaba con la vista aquella piedra donde se sentó en su noche triste y aflojó las riendas de su dolor, delante de la espantosa llama polícroma y voraz que parecía querer purificar al mundo. Y sin poderlo remediar, gimió de un modo tan desgarrador, tan lamentoso, que todos le miraron sorprendidos.

Pedro cayó en la cuenta y sintió rubor de su propia pena. No sabía qué decir, y como siguiendo un anterior razonamiento que le hacía daño, balbuceó con doliente incoherencia, a modo de explicación, más pura para él que para los otros:—No sé qué hacer... Así Dios me maldiga si sé qué hacer; pero hay que hacer algo.

—Atiza! dijo el capataz.—En metiéndose en pozos, se van los tornillos. Por ésta, que es sangre de Jesucristo, juro que he visto más de seis locos en la mina, y todo

por saber si lo que hay abajo es duro o blando. Duro y más duro, pedazos de bestias!

A la entrada del túnel la *Relimpia* tuvo un momento de vacilación. La verdad, que se necesita estar locos para venir *de campo*, ahí, debajo de tierra. Peste de mina!

Pedro marchaba delantero sin curarse de los demás, con un aire de sonámbulo, sin ver ni oír, y murmurando como una especie de rezo:—Hay que hacer algo, hay que hacer algo!

Pablo advertía a la *Relimpia*, la guiaba, la desviaba del peligro... decíala cómo sus hermosos ojos peligraban si en una brusca nostalgia de la luz y del cielo, mirasen hacia la sombría bóveda cuajada de pérfidos cirios de vitriolo. Eran azules, eran bellísimos; pero la traición se escondía en aquella gota colgante, que temblaba como una turquesa líquida a la luz de los candiles.

Y la *Relimpia*, que era de piadosas entrañas, y el dolor físico la conmovía, lloró la atroz injusticia humana, el sufrimiento de aquellos pobres hombres medio desnudos, ulcerados, marcados con todas las cicatrices del trabajo afrentoso, que en sucesiva y amarga visión se le iban presentando.

Qué mundo aquél! Y allí vivían hombres y bestias en la paciente promiscuidad de una labor de infierno! Qué riqueza más negra y más hedionda!

—Vaya, sentarse y echaremos un trago— dijo Pablo al dar vista al boquerón del piso que iban haciendo los de *perpéuta*.

—Aquí no: más allá. Yo os lo diré. Hay aquí un sitio... Valientes tragos se toman allí!

Pablo miró a la *Relimpia*, y ésta, apoyando su dedo índice en una sien, hizo como que barrenaba. Alguna cosa tenía Pedro que le barrenaba el sentido... no estaba muy católico, que digamos.

—Aquí. Véis qué buen sitio? Aquí me senté yo la otra noche y hablé: sabéis con quién? con *Lagarto*, ese cochino embustero.

—Algún traguete se tomaría, porque el granuja no lo echa en el candil; lo cual que hace muy bien y le alabo el gusto. Amigo, esta vida hay que pasarla a tragos; vaya, empina esa señora bota y pon esa cara alegre. Come, bebe, y riéte del mundo.

—A ver si con tanto empinar la bota vamos a dejar aquí los huesos. Yo estoy aquí amedrentada; sí: me da miedo pensar lo que tenemos encima.

Y la *Relimpia* miró a la bóveda rocosa, y mentalmente midió aquel monte altísimo que se alzaba sobre sus cabezas.

—Dios! Si todo esto hiciera así, nada más que así...!

—Digo que tendría razón en hacerlo— exclamó Pedro.—Hay aquí muchas marranadas que pedían eso: el hundimiento, así, así, poco a poco... como yo lo haría si tuviera puños como tengo coraje.

—Cállate, animal! Mira que decir esas cosas aquí dentro!

Y agitada y nerviosa, la *Relimpia* se puso en pie:—Vámonos: me pone mala esta condenada negrura. Esto es para los demonios, no para los hombres. Y se ríen los muy bestias!

Por el boquete irregular salía una claridad rojiza y algo como una bruma sucia y mal oliente. El descanso dominical no había pasado del noveno piso. Allí no había tiempo, como no había día ni noche. La contrata no tiene religión, no tiene entrañas.

Allá a lo lejos, en la invisible encrucijada, se movía una luz. «Pegao está, pegao está!»

—Ahora verás, Mariquilla. Agárrate al primer lapo que tientes, encógete, y no

tengas miedo; que todo esto no es más que ruido y más ruido, y...

Una detonación espantosa les cortó el habla.—Ahora sí que todo esto se vino encima!—pensaba la *Relimpia*, estremecida de pavor y temblando lo mismo que toda la masa de mineral.

—Ves? Esta es la musiquita que por aquí gustamos. Vaya, *Relimpia*, échate un trago, y afuera el susto. Nosotros ya tenemos las orejas hechas a esta barbaridad.

—Oíd lo que os digo: como soy hija de mi madre y a Dios tengo de dar cuenta de mi persona, que ésta es la primera y la última vez que piso estos andurriales. Lo habéis oído? La primera y la última!

—No lo digas muy alto—dijo Pedro alumbrando con el candil la cara de su mujer.

—Por qué? Lo digo. Así Dios me oiga!

—Pues por eso. Porque puede oírte.

Del fondo de aquella galería llena de sombras, salió la voz lejana de algún minero que acompañaba sus tristes pasos con la clásica copla de aquellas siniestras profundidades:

*“Pobrecitos los mineros,
qué desgraciados son!”*

.....

Lo de bajar al pozo fué ya el remate de la locura, según la *Relimpia*. Aquellos hombres, envalentonados con su presencia, querían que lo conociese todo, que admirase el desdén que ellos hacían de los peligros. Y no no hubo más remedio que bajar allí donde ellos trabajaban, de donde sacaban aquel pan negro y jugoso que a todos mantenía.

No quisieron que los trabajadores a quienes venían a relevar, cargasen los barrenos. Esa hubiera sido la imprudencia mayor.

Y hecha la gran lazada minera, recogidas bien las enaguas, Mariquita bajó por aquel tubo de mineral, pausadamente, como en un columpio, sin miedo ya, porque la voluptuosidad del espanto, del peligro afrontado, la envolvía en esa mansa atmósfera que a veces necesitan las almas.

Al llegar al fondo, Pedro la recogió en sus brazos. Un instante sintieron uno el corazón del otro golpeando sordamente, con anhelos distintos...

— Qué cosa más horrible es un pozo! Aquí no se respira.

—Pues yo, óyelo bien, Mariquilla: yo, con tal que estuviéramos solos, querría vivir en un pozo; en éste, en cualquiera... Ahora, vivos; después, muertos. Pero que nuestros huesos se juntaran, se refregaran, aunque las piedras todas que hay en el mundo las echasen encima.

—Jesús qué bruto! Buena cosa quieres.

—Eh, quitarse del medio, que allá va este cura—voceó Pablo que bajaba rápidamente.

Pedro miró a su mujer en los ojos y la soltó como una cosa que se abandona, que se ha perdido para siempre.

El muchacho del torno fué echando en el esportón las cosas que le pedían de abajo.

—Cuidado con la bota! Ponla bien. Apriétale el taponcillo.

Comieron y bebieron en aquel redondel en que los tres cabían apenas. Los candilones enganchados en la roca alumbraban el banquete con sus llamas apestosas y rojizas. El áspero sabor de mineral quitaba el gusto propio a la comida, y la tristeza que salía de la piedra e inundaba el pozo, parecía pesarles en el ánimo como si fuese aquella montera enorme de mineral que se alzaba sobre sus cabezas.

Los agujeros de los barrenos dispuestos para la carga, parecían dos ojos redondos, inmóviles, que les miraban con espanto.

—Mira que esto es triste! Vaya si es triste! Bien podíamos haber comido allá arriba, teniendo como cobertor el cielo y por candil el sol. Que me den sol, que me den aire, y con eso solo vivo.

—Cállate, *Relimpia*, que esto también tiene sus cosas. Si estuviera *Lagarto*, ese te las diría. No sale de aquí ni a tiros.

—Ya lo ha dicho Pedro: es un cochino embustero.

—No, no—dijo Pedro. Es un hombre cabal. Sólo que... sólo que es como la piritá rica: es duro y pesado, y cuando cae encima hace mucho daño.

Pablo y Mariquita se encogieron de hombros. No les importaba nada que *Lagarto* fuese embustero o cabal.

—Bueno: a recoger, y en seguida a cargar.

—Antes tenéis que subirme. No quiero ver eso.

—Eh, allá va la merienda, chacho! Echa las cápsulas.

El esportón funcionó breve espacio, subió y bajó aceleradamente, y en un tanto

que la mujer miraba con cierto vago espanto no exento de curiosidad, los hombres cargaron sus barrenos, serenos y fríos como artilleros que disponen las piezas para entrar en combate.

—Ya están. Esta mecha no se corre.

—Quién sube?

—Sube tú, Pedro. En cuanto ésta esté arriba, *pego*, y de dos tironazos me planto en el torno.

La *Relimpia* vió a su marido subir con la lazada en el muslo y el candil en la mano: a medida que ascendía se iba empequeñeciendo, cambiando de forma; aquello ya no parecía un hombre, era una cosa que llevaba una llama, un resplandor rojizo, que se tragó al fin aquel agujero lleno de sombras.

Descendió la cuerda ondulante, como un reptil gris que se desenrosca en la oscuridad; Pablo hizo la lazada en que aseguró a la *Relimpia*; y como oyese gemir el torno allá arriba, súbito puso el candil en las mechas, y metiendo la punta del pie en la lazada, agarróse de un salto, asegurando con su brazo derecho la espalda de la *Relimpia* y con la otra mano columpiando el candil.

—Hala, que está pegao!

Movióse el torno al empuje de los dos hombres invisibles que allá arriba estiraban los brazos; la cuerda se puso tensa, y de pronto los elevó pausadamente por aquel tubo espantoso, de paredes irregulares en que brillaban como regueros de oro las vetas de azufre, y como esmalte azul las manchas del sulfato.

Pablo se reía al ver a la *Relimpia* acongojada.

—Descuida, que hay tiempo para todo: para subir y bajar y volver a subir... Y con esa alegría negra del trabajo subterráneo, rompió a cantar la copla clásica, que subía como un gemido del mineral profanado:

*"Pobrecitos los mineros,
qué desgraciattos son!"*

.....

Ya estaban bien altos cuando Pedro paró el torno para limpiarse de una manotada el sudor que le escocía en los ojos. Miró por encima del cilindro, y vió el grupo colgante. Pablo, abrazado a su mujer, columpiando la llama, erguido y con un pie en el aire como esos arrogantes angelotes que sostienen lámparas en los retablos; ella confiada, gozosa en aquel abrazo recibido delante del

peligro, en las entrañas de la madre tierra...

Y la nube ensangrentada que cegó a Pedro la noche de la confianza cruel, de la puñalada mortal con que le partió el corazón la lengua de *Lagarto*, volvió a cegarle allí, en aquel supremo instante en que le pareció que el pozo ardía, fundiéndose en una espantosa llama polícroma y voraz que purificaba al mundo.

El muchacho del torno, aterrado por aquella parada incomprensible, tendió los brazos para mover el cilindro arrollador; mas éste siguió inmóvil, sujeto por los brazos de Pedro, que seguía mirando hacia abajo con la nariz dilatada, los labios grises y los ojos entreabiertos bajo un frío torrente de sudor sucio...

Al fin los de abajo se alarmaron.—Pasa algo?

Y respondiendo a esa pregunta, bajó un rugido de siniestro, como una condena de muerte:

—Perra! Perra!... Mal amigo!

Dos gritos de pavora mortal, de atroz angustia, subieron en súbita explosión del intinto de vida. Aquéllos, que juntos parecían un racimo fresco de juventud y de

amor, habían visto todo su drama como a la luz de un relámpago.

Abajo corría la muerte por la mecha de pólvora, inevitable, segura, veloz como el pensamiento; arriba se cernía la muerte en la voluntad justiciera del hombre ofendido, del amigo ultrajado... y ellos estaban allí, pendientes, suspendidos entre los dos abismos espantosos; en la misma eternidad, insondable y oscura.

El asombro no dió lugar a la súplica: el candil de Pablo cayó al fondo del pozo, rojizo como la llama de una vida que se hunde en lo eterno...

Crujió la bóveda; se estremeció la galería; del pozo salió un huracán de aire, de estruendo, de gases, de polvo cobrizo...

Los del torno cayeron de espaldas. Una negrura densa envolvió aquel sitio, que aún vibraba con el sonoro estremecimiento de la explosión, ¡quizá, también, con lo espantoso de la tragedia!

JOSÉ NOGALES¹

De *La Lectura*, Madrid, 1901.

¹ Español y moderno. Obras suyas: *Mariquita León* y *El último patriota* (novelas) y numerosos cuentos, tan meritorios como el que hoy reproducimos, si bien no coleccionados hasta ahora.

LA CEGUEDAD DE LAS TURBAS

*Poema inspirado en un cuento en prosa
de VILLIERS DE L'ISLE-ADAM.*

1

Era la tarde. Abierta
y como arnés ceñido a la robusta
muralla, aparecía
la ancha puerta de bronce, la gran puerta
de Esparta, la ciudad fiera y augusta.
Del cristalino Eurotas la onda fría
rodaba con sonido lastimero,
y el sol, en viva púrpura bañado,
semejaba el escudo ensangrentado
de un adalid de Homero.
En la torre sombría
que superaba al muro resistente
de la puerta de bronce, inquieta gente,
ruidosa multitud se revolvía.
Relumbraban las picas, el guerrero
casco, la malla dura,
la firme espada de cortante acero,
el venablo, la espléndida armadura...
Todo lanzaba resplandores rojos,
menos los negros y nublados ojos
de la griega irritada muchedumbre,
siempre fijos, clavados en la cumbre
de una montaña ingente
que ostentaba, cual Jerjes, en la frente
regia corona de sangrienta lumbre.

A combatir, ufanos,
 la víspera salieron de aquel día
 los trescientos heroicos espartanos,
 los trescientos leones
 que por sus altas ínclitas acciones
 dignos son de la homérica poesía.
 Coronadas de rosas,
 como para asistir a alegre orgía,
 partieron las falanges valerosas.
 Quién de aquellos soldados no sabía
 que iba a morir? El beso de la muerte,
 en lid gloriosa, para el alma fuerte
 es más dulce que el beso de las bellas.
 Por la patria morir... dichosa suerte!
 A los primeros rayos de la aurora,
 con himnos que entonaban las doncellas
 y los vivos de niños y de ancianos,
 la indomable ciudad batalladora
 despidió a los trescientos espartanos
 que, con bandas de mirtos y claveles
 en su marcial arreo,
 marcharon, siempre ansiosos de laureles,
 batiendo con sus lanzas los broqueles
 al compás de las odas de Tirteo.

Voces de triunfo, bélicos rumores
 que en alas de los vientos voladores
 por la mañana a la ciudad llegaron,
 las venturosas nuevas confirmaron
 de los rudos pastores:

las falanges de Jerjes rechazadas
fueron por las helénicas espadas
que, formidables rayos de la guerra,
cubrieron de cadáveres la tierra.
El excelso Temístocles, al frente
de sus nunca vencidos escuadrones,
a reforzar volaba, diligente,
el bando de los épicos leones.
Cánticos entonaba de alegría
y a sus altas deidades protectoras
preces la noble Esparta dirigía
en honor de sus huestes vencedoras,
cuando llegaron tristes mensajeros,
y, al escucharlos, lúgubres y fieros
tornáronse los Éforos.

Mentidas
las nuevas de los rústicos pastores!
Mentidos los rumores
del viento volador! Rotas, hundidas
todas las esperanzas concebidas!
Mil brazos en el aire se elevaron,
y de furor y de venganza ardiente
atronadores gritos resonaron.
El terrible mensaje
corrió por la ciudad, como un torrente
de férvido oleaje.
Eñialtes, el pastor de alma perversa,
por recónditas sendas no sabidas
condujo ¡infame! al inhumano persa,
que, cual sierpe traidora, por la espalda
acometió a los bravos de Leonidas.
Ya de Jerjes el nítido caballo,
de paramentos de oro y esmeralda,

humedecido en sangre el férreo callo,
hollaba triunfador la sacra tierra,
cuna de dioses y héroes de la guerra.
La torpe raza espuria
del maldecido Irán derrocaría
con implacable furia
el templo levantado a las deidades,
y de fuertes cadenas cubriría
a los nobles soldados de Milciades;
y a las griegas castísimas beldades
iba a uncir, para afrenta y vil desdoro,
a sus carrozas de marfil y oro.

4

En la elevada torre y las almenas
esperaban los griegos, la faz mustia
y las miradas llenas
de furor y de angustia,
ver lucir, a los rayos de la tarde,
en la cima eminente
de la montaña el casco refulgente
del enemigo vencedor cobarde.
Pronto iban a surgir en la alta cumbre
del ejército persa las espadas;
las flechas de los caspios; las doradas
cimaras de la asiria muchedumbre;
los árabes, con blancos alquiceles;
los etiopes, de facciones duras,
ceñido el cuerpo con hirsutas pieles;
las índicas nevadas vestiduras;
los escitas con ojos de chacales;
los infantiles soldados

de Susa y de Persépolis, armados
de broqueles de mimbres y puñales.
La ciudad se aprestaba diligente
a registrar con hechos inmortales
el asalto inminente.

Sobre Esparta cruzó, como enlutada
nube, de cuervos fúnebre bandada
que fué a posarse en el ramaje escueto
de la selva sagrada

que se extiende a la falda del Taijeto.

Presagio horrible! En ronca gritería
prorrumpió la ciudad, que maldecía
de los pájaros negros de la muerte;

con mano ejercitada y brazo fuerte
lanzó a los cuervos lluvia de saetas
y piedras voladoras;

pero en las ramas prosiguieron quietas
las fatídicas aves graznadoras.

Palidez espectral cubrió el severo
rostro de las ancianas:

ya era infalible el temeroso agüero.

También palidiecieron y temblaron,

el corazón henchido de congojas,

las vírgenes hermosas espartanas,

cuando les entregaron

tristes sus padres las agudas hojas

que ornamento brillante

fueran del templo de Hércules triunfante.

«Para qué se nos dan estas espadas?»

preguntaron las bellas, desoladas.

«Para qué estos aceros?» repetían

con la voz lastimera.

Nadie les contestó. Ya lo sabrían

cuando, al llegar el pavoroso instante,
el terrible mandato se les diera
de hundirlos en su seno palpitante.

5

De pronto la espartana muchedumbre
lanzó un grito estridente.

Acababa de ver sobre la cumbre
de la montaña ingente
a un hombre que corría
como recio huracán; por la pendiente
velocísimo luego descendía,
cual si ganar la puerta pretendiera
de la ciudad. Un fugitivo era!

Roja la faz como encendida llama,
y en la mano una rama
para sostén, sin duda, en la carrera,
volaba por la aspérrima vertiente,
llevando oculta la inclinada frente
con su revuelta oscura cabellera.

Más siniestra, más pálida y sombría
ante la rauda aparición, la brava
multitud se revolvía.

Era gran cobardía
correr de modo tal. Abandonaba
aquel hombre el combate? Buscaría
en Esparta refugio?

A la vislumbre
del sol, dando de lleno en su figura,
resplandeció su helena vestidura.
Espantosa rugió la muchedumbre
y con voces de lúgubres acentos

rasgó el aire liviano,
gritando con furor: «Un espartano!
Uno de los trescientos!
El miserable del combate huía.
Habrá imitado la falange rota
de los griegos la negra felonía?
No era una imagen fiel de la derrota
la visión de aquel hombre envilecido?
A qué ocultar más tiempo la tremenda
infamante verdad? De la contienda
todos habían huído!»
Interrumpió la ronca gritería
un ay vibrante, aterrador, lanzado
por triste corazón que se rompía,
por una anciana de semblante airado
que, clavando la vista en el soldado,
«Mi hijo!» clamaba con horror.

Sangrientos
insultos, anatemas vengadores,
gritos de rabia, crueles juramentos,
cual tormenta preñada de furores,
tronaron en los vientos.
«Tu vista nos deshonra, alma de lodo!»
«Atrás! No es este el campo de batalla!»
«Cómo la tierra en cólera no estalla
bajo tu planta vil?» «El pueblo todo
fulmina contra tí sus maldiciones!»
«Si el valor consistiera
en consumir negrísimas traiciones,
héroes, cual tú, no hubiera».
«Ha desgarrado el corazón altivo
de la patria tu infame cobardía!»
Callado y anhelante el fugitivo

hacia la puerta sin cesar corría.

«Atrás! Atrás, baldón de los guerreros!»
los espartanos exclamaban fieros.

«No entres en la ciudad de la bravura,
que no queremos con tu sangre impura
manchar nuestros aceros».

«A cuánto compra Jerjes las espadas?»

«Vas a ganar con tu veloz carrera
el premio en las alegres Olimpiadas?»

«Álcese contra tí la sombra austera
de Pólux iracundo!»

Habló el soldado;
mas de la multitud el vocerío
cada vez más enérgico y bravío
apagó sus palabras.

«No has besado
la tierra! La has mordido!» «Atrás, infame!

En tu pecho una víbora derrame
su veneno fatal!» «Vuelve a la guerra!

A morir combatiendo! No te aterra
nuestro furor?» «Sobre tu frente zumba

el anatema de tu padre bravo
que se agita cólerico en su tumba!»

«Anda a servir al enemigo, esclavo!»

Esta odiosa palabra, como un trueno,
retumbó en los oídos. Las doncellas
bajaron, ruborosas, las miradas,
estrechando a la vez contra su seno
las cortantes espadas.

De los dolientes ojos de las bellas
abrasadoras lágrimas rodaron,
que el metal de las armas recamaron,
de perlas y diamantes.

Esclavas!... Las doncellas comprendieron
para qué se les dieron
las aceradas hojas penetrantes,
Veladas las pupilas por el lloro,
la arrogante figura sin más galas
que el rico manto de sus bucles de oro
y una veste más nívea que las alas
de los cándidos cisnes, una hermosa
hacia el muro avanzó majestuosa
cual la imagen de Palas.
El pueblo, con semblante compasivo,
la contempló. La prometida esposa
era del fugitivo.
Pálida y altanera
miró a su amante, y con airada mano
una piedra arrojóle tan certera
que dió en el corazón al espartano.
Desde el pie a la cimera estremecido
el triste se detuvo, alzó la frente,
quiso hablar, mas su acento fué extinguido
por las aclamaciones que a la gente
la valerosa virgen arrancara,
con su muestra preclara
de ánimo entero y patriotismo ardiente.
Mustio el semblante, la mirada incierta
y en la rama apoyado,
encaminóse hacia la entrada abierta
de la ciudad el mísero soldado.
Pero a un signo del pueblo enfurecido
giró sobre sus goznes la ancha puerta,
cerrándose con lúgubre estampido.
Y ante aquella sombría
hoja de bronce helada

que para siempre—oh dioses!—de la amada
tierra le proscribía,
el fugitivo griego escarnecido,
desplomándose inerte
sobre el suelo natal, lanzó un gemido
y durmióse en los brazos de la muerte.
Del sol a los postreros resplandores,
sobre el cadáver rápidos cayeron
los cuervos graznadores,
y en aplausos las turbas prorrumpieron.
Así murió—volando su alma egregia
al Eliseo, vestida con la regia
púrpura del crepúsculo esplendente—
el luchador valiente
que en la batalla conquistó la gloria;
el ínclito guerrero
que los griegos nombráran mensajero
de la inmortal victoria,
Así murió, abrazado
a la rama triunfal y desgarrado
el corazón por trágicas heridas,
el invicto soldado,
el augusto emisario de Leonidas.

MANUEL REINA¹

Agosto 95.

(*Poemas paganos*. Madrid, 1896).

¹ Español y contemporáneo.

LOS FUNERALES DE UN SANTO

Londres, septiembre de 1912.

Las lluvias diluvianas que han malogrado el verano en toda Europa y especialmente en Inglaterra, donde van tomando un carácter francamente desastroso, derramaban ayer a las 11 de la mañana sobre la inmensa metrópoli todos los cántaros de la frase usual, al mismo tiempo que iban formándose a la orilla del Támesis en la vasta calzada de asfalto del Victoria Embankment, las cuarenta y ocho brigadas del Ejército de Salvación allá reunidas para rendir su último tributo al «general» Booth, de venerada memoria.

Por aquellas torrenciales arterias de la City, que son Canon Street y Queen Victoria Street, trepidadas de carros y de aguacero, repletas de enormes cargas que no estorban, de carreros y changadores, de chauffeurs y cocheros que no enredan ni gritan, una multitud silenciosa tomaba po-

siciones para presenciar el desfile. Estaban ya desde las 7 de la mañana, firmes bajo sus paraguas, en los cordones de las aceras, las características figuras londinenses de los desfiles: mujeres de cabello tirante y waterproofs verdosos, individuos de saco raído y gorra, interpolados con algunas levitas. El grueso del río humano iba y venía por la acera del malecón, chapaleaba el lodo estabular de la calle, remolineaba profundo en las esquinas y soportales mejor situados. Muchos negocios habían decidido suspender sus tareas durante el acto. Vendedores de fotografías, de botones esmaltados con el retrato del difunto, de biografías y programas, andaban pregonando sus artículos. Los confiteros populares pasaban ofreciendo como en los andenes sus «cadbury's cakes, chocolate and cigarettes». Tratábase, pues, de un acontecimiento popular, de un verdadero gran día de Londres. Los reyes habíanse asociado al pésame con sendos telegramas expresivos desde su veraniega residencia de Balmoral. Sabíase que el lord mayor saludaría al cortejo desde sus balcones.

Allá junto al río, el «ejército» estaba formado, podría decir que de parada con sus

característicos uniformes: cien individuos de ambos sexos por brigada, la banda de música al frente de cada una y numerosos estandartes. Figuras diversas, desde las místicas exangües bajo sus capotas características, hasta las marciales y curtidas de verdaderos soldados, todas, así como el público espectador, revelaban la seriedad de un acto importante. Más que la compostura circunstancial de toda ceremonia fúnebre, esa gravedad manifestaba la conciencia de una fuerza. Aquellos ridículos de ahora treinta años, llevaban en su aplomo actual el triunfo de su estoicismo. La simpatía de la multitud oscura tributaba el homenaje que puede retardar, pero que nunca niega, a toda empresa de solidaridad humana. Y esta de la popular institución, cuenta entre las más grandes de los tiempos modernos. Su estandarte de guerra contra la miseria y contra el vicio, corona en el mundo entero hospitales y refugios, oficinas de inmigración y cooperativas donde se presta ayuda al desheredado, sin ponerle otras condiciones que la moderación y la templanza. Así, en este cortejo inmenso que cuenta centenares de miles de almas, no se ve una sufragista ni un ebrio. La prostitución y el alcohol rin-

den también el homenaje de su ausencia.

Y la manifestación se pone en marcha. Cuatro gendarmes montados despejan la calzada. Eso basta para organizar la multitud, que como siempre sucede, sabe manejarse sola con perfecta comodidad. Encabeza la columna un haz de banderas nacionales: la británica, desde luego; la norteamericana, la alemana, la italiana, la belga, la sueca y la argentina que da gusto de fresca con sus bellos colores. El cuerpo del buen anciano espera allá en la capilla del cementerio, dormido en la serenidad bajo su barba marmórea. El cielo empieza a despejarse. Por los claros de nebuloso azul se ve sol ahora. Las nubes gruesas toman también el rumbo de la lenta columna, cuyo paso acompasa la misma grave marcha fúnebre.

No obstante su aspecto militar, este es el ejército de la paz y del bien. Su misma organización comporta una enseñanza, al revelarnos el espíritu práctico de este pueblo superior. Como Ignacio de Loyola, su predecesor más parecido, el general Booth ha tomado de la institución militar la organización y la disciplina; porque al ser aquella la más persistente y vinculada al sentimiento colectivo, así como la representación

más poderosa del dogma de obediencia cuyo órgano espiritual es la religión, ofrece la mejor coyuntura de congregación activa. Pero los jesuitas fueron la milicia de los reyes, al paso que este «ejército» es una institución popular. Ellos estaban destinados a luchar por el pasado contra el presente, y fueron el producto espontáneo de un pueblo retardado en la obediencia medioeval; mientras estos otros trabajan en el seno de su civilización, marchando con ella. Su campo de batalla es la beneficencia social, con la biblia por enseña, indudablemente, pero con el concepto de la salvación aplicado, ante todo, al alivio de los hombres. No han producido una sola obra de teología, un solo tratado de moral sutil, pero han levantado edificios, organizado escuelas, almacenes, oficinas de trabajo. Su mismo símbolo social, la estrella amarilla de ocho puntas con la intencionada divisa «a sangre y fuego»—sangre de oblación y fuego de caridad—parece una marca de comercio. La cruz entrelazada por la S inicial (Salvation Army) que levantan sus banderas, aseméjase a un signo monetario. Su graduación militar no reconoce distinción de sexos. El primer discurso en el cementerio fué pronunciado por

la comandante Eva Booth, que había llegado hacía dos horas de los Estados Unidos. Esta persona no habló, por cierto, en términos místicos o lacrimosos, sino que describió los progresos de la institución en América. La otra hija del general, ahora sucesora suya en el mando, cantó, enjuta y viril, un cántico fúnebre. Es que la muerte no les inspira terror ni congoja. Y además, los justos como ese viejo de la cabeza bíblica, deben ser despedidos con cánticos.

Colosal obra la suya, y nueva demostración irrefutable de lo que son en realidad las potencias del espíritu. Ignacio de Loyola y Francisco de Asís, contaron con el impulso colectivo de las multitudes místicas, que sólo requería dirección; con el estancamiento de la vida material que dejaba libres las alas al espíritu; con la oposición de herejías entusiastas que comunicaban a la defensa su dinamismo semejante; mientras este santo moderno estaba aislado en el mundo indiferente, rodeado de pasividad y de ridículo, ahogada su voz por el tráfigo brutal de esa City mercantil y bancaria cuyos fardos ruedan precisamente hasta el mismo atrio de San Pablo. Y porque tuvo fe en esas otras cosas que no son de com-



El GENERAL GUILLERMO BOOTH, fundador y primer comandante-en-jefe del Ejército de Salvación; murió el 20 de agosto de 1912.

prar ni de vender, porque quiso ardientemente el bien ajeno y se lanzó valeroso contra el crimen de la miseria y de la ignorancia, solo y pobre, burlado y desconocido, he aquí que triunfa y muere recibiendo el pésame de los reyes, conmemorado por las gentes, saludado por la prensa colosal de la primera ciudad del orbe, cuyos seiscientos órganos encabezan sus columnas con la crónica fúnebre y le saludan, graves, y le dedican versos...

«The Times» neutral los ha publicado muy sentidos y nobles. El radical «The Daily Chronicle», que también encabeza con versos su larga crónica editorial, considera el cortejo fúnebre muy superior a cuanto en los últimos tiempos se ha visto para los entierros de los reyes. «The Standard», conservador, habla de luto nacional, de acontecimiento pocas veces presenciado. La «Pall Mall Gazette» ha titulado acertadamente su crónica como «la última jornada del general». La opinión es unánime, según se ve. Ante ese pobre, amigo de los pobres, se inclinan todas las grandezas de la tierra. El potente corazón de la ciudad se ha detenido un instante. El inmenso Mercurio de la City ha sacudido el lodo de

su alado latón. Allá en los altos edificios escalados por letreros enormes, los balcones pululan de cabezas. Y esta cosa formidable como un trabajo geológico, la faena de Londres, se ha detenido para dejar paso a un ideal en marcha.

El ideal en acción... He aquí la definición de la verdadera vida. Estudiemos y rectifiquemos sin cesar la corriente que nos arrebatara; pero allá donde sea necesario pasarla, todo puente es bueno con tal que lleve a la otra orilla. No nos convierta la crítica del propio elemento dinámico, o el pesimismo idealista de la contemplación ante el agua que marcha amenazando dejarnos siempre atrás, en lamido guijarro tirado por allá al solo objeto de reflejar inútilmente el sol sobre su peca de mica. Perdamos las ilusiones, pero no la fe que es la certeza futura. Desengañémonos, pero no desesperemos; y puesto que la perfección es imposible según resulta de nuestra propia crítica, asumamos con tenacidad viril el mejoramiento de la vida imperfecta. He aquí la enseñanza de esas existencias ejemplares que se han empeñado en fructificar como el palmero de las arenas, hasta ser alimento, y sombra, y leña y refugio allá

donde sólo existía la implacable esterilidad.

No hay que desconfiar del espíritu humano. Sus fuentes de vida superior, su capacidad de entusiasmarse y de amar, ahí están perpetuamente intactas.

Yo había visto en la Córdoba de mi infancia los funerales de otro santo: aquel suave y piadoso Mamerto Esquiú que parecía haber reflorecido milagroso como un lirio espiritual en el huerto de las «Fioretti». Allí el pueblo acompañaba su cadáver en masa conmovida y oscura. Y lo que iba venerando en él no era el jerarca ilustre de la mitra y del báculo, sino el monje del picote grosero y de la inagotable bondad, que en sus audiencias diarias recibía primero a los pobres, y se iba por las aldeas más miserables perdonando los pecados de labriegos greñudos a quienes pasaba la mano por la cabeza como si fuesen niños, aunque tenía la elocuencia de los sabios y una distinción como la seda en sus maneras mesuradas.

Va diferencia, ciertamente, de la pequeña ciudad casi medioeval a esta Londres del siglo xx. Lo que no la tiene, es el corazón del pueblo, herido aquí por la misma ternura ante el buen anciano de la biblia y del alma generosa, que se durmió en sus

cañas venerables como un antiguo justo león de Israel.

Peró si sabemos reconocer cual es debido la superioridad de esos hombres, del propio modo que la eficacia de su acción y de su ejemplo, no nos engañamos respecto al verdadero alcance de sus empresas. Lo cierto es que el ideal de bienestar humano, asume ahora otros caracteres, y que la religión, con todo el desinterés y la respetabilidad inherentes a su carácter espiritual, ya no basta. Los hombres actuales, dirigidos principalmente por la inteligencia que es facultad inventiva dedicada por tendencia natural a la apropiación del mundo con el dominio práctico de la materia, exigen otra satisfacción a su anhelo de mejorar. La democracia, que es un estado lógico de correlación con el desarrollo del comercio y de la industria, conduce al imperio de la equidad social, apenas esbozada como un proyecto teórico en la igualdad política. La caridad, fenómeno sentimental ante todo, no nos representa el derecho a que racionalmente aspiramos. Satisface nuestra primordial aspiración de fraternidad y de concordia, pero no puede ni pretende darnos la apropiación colectiva del mundo conquista-

do por el esfuerzo común. Es la vinculación en el dolor, no la comunidad en la dicha. Representa la fraternidad posible de la edades bárbaras, cuando por causa de fatal imperfección, los hombres debían estar sometidos unos a otros; mientras el derecho a la máxima participación en los beneficios producidos por el esfuerzo de todos, es un resultado de la civilización así conseguida. Comporta, sin duda, una noble aspiración hacia este fin, pero de aquí no pasa. Lo que hoy queremos, es que el esfuerzo colectivo nos proporcione el bienestar colectivo, bajo un concepto integral, no proporcional a los esfuerzos individuales, porque éstos revisten la misma importancia en la obra común; así como en nuestro organismo todos los miembros concurren a la tarea de la vida y participan de ella por igual en el estado de salud.

Por esto, mientras desfilaba el cortejo, con las corbatas blancas de sus banderas volando como mariposas primaverales en torno a las astas de bambú, y soplaban su marcha grave los instrumentos, empinadas gloriosamente sus anchas bocas de plata, pues que aquéllos blancos son, era imposible no pensar en la inmensa Londres que

a pocos pasos seguía efectuando la ardua labor injusta de una grandeza realizada por todos, mas solamente de unos pocos gozada, bajo el imperio del dogma de obediencia compulsiva e irracional; y que ese esfuerzo heroico de hacer una patria, sin esperanza de gozar sus encantos, es precisamente el deber de los desvalidos y de los miserables, para cuyos desvíos no hay compasión aunque deberían ser por lo mismo tan dignos de ella.

No, decididamente. No está en la religión ni en la caridad el camino de la redención humana. Los pobres que luchan por obtener su parte de vida dichosa, hállanse bajo la amenaza de leyes y códigos implacables, reglamentaciones del dogma de obediencia, que niega a la miseria, o sea la más horrenda enfermedad social, las atenuantes reconocidas al alcoholismo y a la locura; y todo cuanto tiende a mantener semejante estado de cosas, incluso la misma caridad, es bárbaro e inhumano.

Los santos no pueden ya darnos otra cosa que el espectáculo ejemplar de sus vidas; robustecer en nuestros espíritus el amor a la humanidad; pero el resultado positivo de una existencia mejor, estriba en el desarro-

llo progresivo de la libertad que destruye racionalmente los dogmas.

Bello movimiento humano el de ese ejército caritativo; pero bello a semejanza de la gota que refleja un iris fugaz al caer en el océano. En tanto, la grande agua amarga está ahí, siempre la misma, sin que su acerbidad disminuya, pues el remedio no consiste en pretender endulzarla, antes en no verse obligado a beberla; y esto sucede porque bajo el dogma de obediencia solo la amargura es libre y gratuita, mientras todas las fuentes de beber se han convertido en bienes ajenos.

LEOPOLDO LUGONES

(*La Nación* de Buenos Aires, octubre 2 de 1912).



DOS FÁBULAS MODERNAS

1. COMEDIANTES

LOS bueyes querían elegir un nuevo mandatario, y para eso mugían durante siete horas los unos contra los otros.

Cuando el hambre llegó a dominarlos, uno de ellos, que era una estrella de ingenio, logró hacerse notar. «Héroes y Dioses», bramó «nada es más fácil que hallar para vosotros el jefe mejor indicado. Quiero mostraros la manera sencilla como podéis hacerlo».

Los de recios pulmones alzaron con estrépito la voz.

«Ensayad vuestras voces¹ los unos contra los otros, y elegid al más fuerte de los mugidores. Así seréis dominados por el que os supera en la sola virtud digna de nota que poseéis».

¹ *Stimme* en alemán significa voz y también voto.

2. FUNDAMENTO DE LA SOCIABILIDAD

EL león, el gran solitario, se maravillaba de la miserable manera de vivir de los monos.

«Por qué vivís siempre» preguntó él «en montones y en hordas?»

«Nosotros no podemos vivir en la soledad» respondieron acongojados los monos.

«No podéis vivir en la soledad?» dijo el león con expresión meditabunda. «Y por que no podéis?»

«Tenemos que quitarnos unos a otros las pulgas» respondieron con acierto los animales sociables.

ROBERT WALTER

(Versión de *Hispania* Vol. I, N° 6).